

Cuatro poemas de Julián Herbert

OSCURA

a Javier Sicilia

Pasé toda la noche con el brazo en una grieta.

No era un aula de santos.

Era un hotel a las afueras de Querétaro.

Dos camas individuales provisionalmente pegadas

para caber los tres (siempre tres) juntos.

Ascésis: duermevela: Aníbal Barca, mi hijo, cayendo cada 15 minutos por el hueco.

Es vulgar pero no es falso: pasé toda la noche con el brazo en una grieta.

Me inculcaba el demonio de una negra rabia acústica, ¿para qué escribir poemas

si todo lo que hiere tiene el tacto vacío: usura de una tumba?

Encandilado, muy orondo y sin luz (sin otra luz y guía sino etcétera etcétera),

escribí de memoria estos versos:

“Al menos toca lo que matas.

Siéntelo babosa lumbre negro caracol con la que marcas –meas–

plásticos: Identidad.

Recuerda, cuando vayas al cine a ver películas de nazis, que tú no eres judío.

Pero si eres judío no recuerdes nada: al menos toca lo que matas.

No te metas en dios. No vuelas coches. No hagas citas sagradas. No discutas conmigo.

No me vendas muñones. No me traigas cabezas. No me pidas que aprenda a respetar.

Toca.

Al menos toca lo que matas.”

Son pésimos. Lo supe de inmediato.

Hace un par de años que no logro hacer poemas.

Lo extraño pero no lo lamento.

Todos sabemos que la poesía no es más (ni menos) que una destreza pasajera.

Una destreza que, perdida, se hace tú y alumbra oscura.

(Igual que un padre pasará toda la noche

con el brazo en una grieta

procurando que la cabeza de su hijo

no toque nunca el suelo.)

SE HACE TÚ Y ALUMBRA OSCURA

(CHISMÓGRAFO)

[3]

Noli me tangere

Juan 20:17

Poesía eres tú.

Miguel Gaona

Maricela Guerrero

Efraín Velasco [3]

María Salgado

Ricardo Castillo

Esto es lo que veo:

hay alguien, en la ciudad de roma, que ignora el arte de amar

: afila sus caballos, besa sus herraduras.

Un lago con gaviotas famélicas y la fábrica de sosa.

[3] _____.

entre como entre gotas negro

Otra grieta dentro de la grieta.

Este verso es lo que no veo:

sujeta por el mármol, una herida: la bala blanca, su dispersión de cincel,

ni los caramelos chiclosos ni las venas ni el ojo en el ala de la monarca macho

[3] _____

como entre gotas como negro, etc.

la silla nueva de los niños.

Pero aquí es cualquier otra cosa:

una túnica herida, por ejemplo; el mármol en sus venas.

cosas sin resolverse como una herida o la pata de la mesa coja: derrames

[3] _____.

Orillamar.

Por ejemplo un ladrón que grita indignado: ¡al ladrón!

Se habla de un desayuno que actuaba como foca,

de una comida frugal, y de una cena última como el último panda

de un parque temático,

y de los dientes amarillos que no mejoran ni con la cal,

se habla también de los calibres de las piolas,

[3] _____,

e a a e u e a u o ue a u a a o o o a,

un esqueleto vocal; no rima

De una cena de la que no se dejará de hablar jamás,

se habla de una

causa opaca en la sonora, pero es falso.

(respuesta sorteada)

Serviciales agujas

cervicales: y alguna lanza no lo es?

enhebrar la o por lo redondo.

[3] _____.

las marcan presas horas de la obediencia.

Válvulas, poleas, engranajes y rictus colaboracionistas.

Al menos toca lo que matas.

La Muerte es una maestra del correveidile.

La Muerte es una maestra de geometría y pericia.

La Muerte es una maestra de [3] _____

La Muerte es una maestra de orillamar.

La Muerte es una maestra de primer grado

La Muerte es una subsecretaria de qué estado gaseoso.

La Muerte es una subsecretaria de economía.

La Muerte es una subsecretaria de [3] _____.

La Muerte es una subsecretaria de Ventas & Tracciones.

La Muerte es una subsecretaria de otra subsecretaria.

Estamos hasta la

rabadilla: qué fosa tan común,

Amazonia con semillas de cardamomo,

[3] _____,

Anilla

boina de esta vaina.

A continuación, el niño Dios; pase a recoger su diploma. A continuación,
el niño Billy; acribille por favor a ese hijoeputa.

lávese las manos y recoja sus semillas.

[3] _____; _____.

decanta Marcel su salto; unos milímetros deciden.

El niño Dios mira el diploma y se clava en la grieta.

Se hace tú y alumbra oscura:

alguien – roma: ignora el arte de amar.

y la sosa escuece, gaviotas famélicas: derrames.

[3] _____.

valedera de valiosa.

Chocolate y atole negro por la mañana.

Se hace tú y alumbra oscura.

alguien —western: instruido por tus versos

amará

una succulenta sopa de águilas y los calibres de las piolas.

[3] _____.

Al río de mortal, ¡valiente!

[4] _____.

SPLENDOR IN THE WRAP

Deseoso es aquel que huye de su madre.

José Lezama Lima

Anoche el Espíritu de las Navidades Futuras me hablaba

sin hacer pausas para respirar

como si lo hubiera poseído el espíritu de mi madre. Decía:

“una limosina en la alfalfa / mira cómo la perra

se desnuda / posesionarios

de terrenos federales / tímidas, sedentarias, solitarias, caníbales

y nocturnas /

Tóxico Sólido No Peligroso / agujeritos

que hace la muerte en el muro del kindergarten / el

amor de mi vida has sido tú /
el amor de mi vida sigues siendo tú". Era un
baldío y lo llamábamos
la alfalfa: ahora han puesto un Soriana y quinceañeras
cruzan el estacionamiento saludando
desde sosos quemacocos
a la gente y los carritos en sus
nubosas ropas (las quinceañeras): acarreo
de mortadela: acarreo
de votantes: acarreo
de pensionados a la fiesta. Queda (pero dónde) lo que no se compara: la metáfora de
sí.

"La pobre: cinco meses de salario tirados en una noche,
y el marido la engaña, el amante la engaña, la mujer
con la que tiene cibersexo la engaña", decía (el voto, la pensión, la
mortadela: olor a muerto sin bañar) el Espíritu de las
Navidades Futuras poseído por
el espíritu de mi madre: "Habrás visto: una
limosina en la alfalfa,
una limosina en la alfalfa, una
limosina en la alfalfa".

CRISTO NO TE AMA

They shoot horses, don't they?

Horace McCoy

Entonces abre la ventana

y tírate

Los Tres

Te estás poniendo fea y Cristo no te ama,

gorda,

lo gritan las paredes del gimnasio,

musa gorda,

no bajas (se refieren

a la caminadora), no bajas

que así bajarás mejor (Cfr.

Juan de Yépez; qué
creías, también yo
cursé licenciatura).

No bajas que así bajarás mejor: están hablando
de ti
diciendo: Cristo
no te ama.

Cristo no te ama. Todavía
te invita a pasear
a solas:

te lleva a las afueras,
te tumba en cobertizos,
la mete a tus espaldas,
murmura entre los grillos
la cantinela esa de los años 80:

“ya no te quiero, pequeña,
ahora amo a los caballos”,
engolfando la voz
con calculado aprendizaje de Misterios;
un circo de pulgas castálidas.

No te ama.

Cristo no te ama. Persigue
en las inauguraciones
a las entecas novias
de los raperos
y los diseñadores
y los ciberotómanos
y los aduladores—
niñas que tienen todo el look
pero jamás se dejarían
sacar un ojo por el goce;
pergeña números
que son Su Nombre
en las comandas de los
Vip’s con la esperanza

de que las nietas del dinero
le manden un sms; pateo botes (oscuro
bajo la noche sola) con tal
de no llamarte, de no
saltar borracho a tu piscina
tan sucia de hojas secas:
tan égloga en asilo.
Te estás poniendo fea,
fétida, malsana, pretenciosa,
musa gorda,
y Cristo no te ama:
ahora ama a los caballos.
Escúchame: ¿acaso no
matan a los caballos?...
No luches.
No me escupas.
Te estoy haciendo un favor.

McDonald's

Nunca te enamores de 1 kilo
de carne molida.
Nunca te enamores de la mesa puesta,
de las viandas, de los vasos
que ella besaba con boca de insistente
mandarina helada, en polvo:
instantánea.
Nunca te enamores de este
polvo enamorado, la tos
muerta de un nombre (Ana,
Claudia, Tania: no importa,
todo nombre morirá), una llama
que se ahoga. Nunca te enamores
del soneto de otro.
Nunca te enamores de las medias azules,
de las venas azules debajo de la media,

de la carne del muslo, esa
carne tan superficial.
Nunca te enamores de la cocinera.
Pero nunca te enamores, también,
tampoco,
del domingo: futbol, comida rápida,
nada en la mente sino sogas como cunas.
Nunca te enamores de la muerte,
su lujuria de doncella,
su sevicia de perro,
su tacto de comadrona.
Nunca te enamores en hoteles, en
pretérito simple, en papel
membretado, en películas porno,
en ojos fulminantes como tumbas celestes,
en hablas clandestinas, en boleros, en libros
de Denis de Rougemont.
En el speed, en el alcohol,
en la Beatriz,
en el perol:
nunca te enamores de 1 kilo de carne molida.
Nunca.
No.

Don Juan derrotado

Todas mis mujeres quieren estar con otro.
Me abandonan por un adolescente,
alaban a su esposo mientras yo las estrecho,
se van con periodistas,
con autistas,
con rubios bien dotados, con guerreros
y cantantes venidos de ultramar.
Todas son bárbaras, histéricas,
infieles: me acarician
con el filo azorado de un puñal de lencería
y se lanzan a bailar en la inmunda taberna
montadas en los ácidos corceles del calor.

(Siempre bailan con otro:
mi vida es un gazapo entre las pausas de la orquesta.)

Yo las deseo entrecortadamente,
como un caimán imbécil y violento
que gusta de la presa aderezada con veneno.
Yo las deseo en las cornisas más esbeltas del amor.

Abismos sucesivos y dádivas perpetuas,
sus cuerpos se prolongan en mí hasta confundirse:
una compra cortinas,
ésta me pide que por favor la abofetee,
aquélla está sentada en un parque vacío,
la mirada perdida, comiéndose un helado.
Yo les muerdo los cuellos,
les palpo cada legua de la piel,
les hablo con la piedad de un epiléptico
que habla a sus pesadillas.
Ellas no duermen nunca: su único empeño
es la traición.

Celosas. Inconstantes.
Me arrojan de sus vidas como a un príncipe azul
que es echado de la fiesta de disfraces
con nada más que un vaso desechable en la mano.

Todas me engañan. Todas.

En sus brazos,
yendo de unos a otros brazos,
me siento como César, que miraba
—mientras ardían en su pecho los cuchillos—
algunos de los rostros que más amó.

Tan claro como una tumba

para Lauréline

Oscuro como la tumba donde yace mi amigo
Malcolm Lowry

1

Una esfera lúcida: viento,
colibríes,
esquizofrenia atravesando las montañas.

El bosque a donde fuimos, aserrín
de alto voltaje derramado en la niebla
—mas sin fulminación: todo tan claro
como una tumba a ras de aurora.

Vine a morir —farsa *back pack*, pasa un camión
destartalado— *en el ojo de un hongo alucinógeno* Y tú
te reíste y quitaste con tus uñas
las bacterias:
pedacitos de piel muerta de mi cara.

Una esfera lúcida, un cántaro de espanto
comido este derrumbe.

Espié la lentitud. La arboleda desnuda
como una sibila al entrar en su baño.
Vi más abajo las cenizas
de otra sibila adulterada,
ojos en éxtasis las hojas calcinadas,
una hipodérmica vacía de cielo en su mano.

Vi el sábado incrustado
en una lágrima de velocidad.

Y no vi
los colores (mi cara en clorofila,
los látigos de sepia desgajando la madera), pero sí
el resplandor de la oscuridad.

Frases cúbicas, ideas
refractarias a su peso de fractal.

(Vi
también unas violetas.
Me consolaron
cuando estábamos allá.)

2

Compramos dos viajes de hongos
por 80 pesos.
Rentamos la cabaña por 70.
La comida también era barata.

El dinero nos ha seguido desde el norte
por todas las carreteras—
quiero decir, nos ha dejado:

[*Et in*]

Arcadia de meseros y de recepcionistas
con las manos amputadas en el filo del ego (en el filo
del oro).

Buitres sobrevolando la terraza del Majestic

y en el zócalo un gran buitre de lino de la patria;

billetes rojos y azules quemados en el prisma del mezcal,
billetes fuente que mana y corre aunque es de noche,
tersos billetes arrojados a la danza del paisaje desde la cima de la ruina

(el mundo es una bailarina desnuda),

viejos y grises y pálidos billetes
defenestrados al alba en canteras de euforia,
en farmacias de la Tierra Prometida:

todo el dragón del mar,
toda la simetría,
toda la luz lanzada en el azar de un cubilete

tendrán una etiqueta con su precio
en el extremo real de las apoteosis.

El dinero es la alcoba donde posamos nuestro corazón feérico,
nuestras volutas nítidas de serpiente emplumada.

*Le fric est notre patrie commune,
Lauréline:
donne-moi, donne-moi ton argent.*

Sé que comimos succulencias nauseabundas,
que el sinsabor de las verdades que compramos
desaparecerá. Pero nuestra vivencia
es más precisa que la fe.

3

Todos estamos muertos en San José del Pacífico.
Todos resucitamos en San José del Pacífico.

En San José del Pacífico viene a dormir la profecía, y la risa es un alambre del invierno,
y el doctor Freud es un perro lamiéndose el glande doblado sobre su propio esqueleto.
En San José del Pacífico salimos del baño para entrar en una guerra: cota de niebla,
caparazones de musgo en la respiración, cuerpos silbados en el Limbo de la flecha.
En San José del Pacífico hacen fiestas en marzo, pero en julio solamente sopla el viento:
escucha cómo fluye cada vez que lo digo: el viento, fluye el viento, escucha cómo fluye
más allá de la fiesta cada vez que lo digo:

*hacen fiestas en marzo, pero en julio
solamente sopla el viento.*

Párpados de bonanza caen a la cara de los cadáveres en San José del Pacífico,
caen también junto a la carretera expendios de pan y botellas al tiempo,
y cae incluso el tiempo como una plancha de acero en un rastro a veces,
y a veces
como un durazno rojo.

No he visto policías en San José del Pacífico.
No he visto prostitutas.
No he visto a Dios.
En San José del Pacífico todos estamos muertos,
todos resucitamos
para beber café junto a los jipis del expendio. Hasta que viene el hongo:
la humedad, la radio-
actividad, la polución de tanta risa.

La parte más visible de la bomba.

4

[...]
Me llamo 2 de la tarde y me duele la cabeza.

(etcétera)

[...]

la expresión como un acto diletante

el balbuceo como una máquina de precisión

(toda esa retórica de callar o caer majestuosamente, etcétera)

[...]

("mantenga su distancia
no ciegue mis manadas con
ese resplandor

(usted es mi invitado

(no mi cliente)

mantenga su distancia"))

[...]

lo que aparece en la escritura:

una versión autorizada, una

Vulgata

de la mente:

* * *

*Mírate en este azul sin habla:
un cielo que parece una tabla
de tan pulido, de tan recto –tabla
de raíz de aire: callada,
tan azul. Mírate
como se mira un ciervo en el paisaje
aunque, camino de la sed, nada
le sea temblor, temor, estanque;
mírate desaparecer en los zarzales.*

*Una mariposa roja cruza la hondonada y,
mientras la señalas,
se engasta en el cielo sin nubes.
Un suspiro. Un incendio:
un anillo que vuela en tu dedo
hacia el interior.*

* * *

Tropas de desengaño colorean –claro
como una tumba– el aire. La descomposición
encarna en lo naranja (bacteria
venenosa); debajo de este árbol
soy su caníbal: soy su reencarnación.
Raíces de agua negra,
gargajos sin sonido: escupo un lodo ácido
encima de mi amor.

San José del Pacífico, verano 2003

Autorretrato a los 27

Yo era un muchacho bastante haragán
cuando me asaltaron las circunstancias
sábados y domingos cantaba en los camiones
ahorraba para unas botas Loredano
y besé a dos
no
a tres muchachas antes de mudarme a esta ciudad

Aquí me extrajeron el diente cariado
y de paso me arruinaron la sonrisa
este relámpago de fealdad por donde asoma
involuntariamente
el ápice más claro del pozo que yo soy

Aquí firmé facturas
documentos de empleo
paredes silenciosas
y también me tomé fotografías
me hice archivo me hice fotografía me volví
un detalle más en el paisaje de la suma
no encontré nada mejor
lo dije antes
yo era un muchacho bastante haragán
y la gente desconfiaba de mí
cómo iba a enamorarse uno tan mal vestido
cómo tendría razón

Pero tuve razón algunas veces
y si no
tuve al menos esa ira luminosa
que convierte a la estupidez en una revelación

En cambio no podría hablar del amor
- y que conste que a mi lado también duerme y bosteza
el verboso maquillaje que entre cedro y caoba
declaraban en falso los poetas provenzales -
pero tengo el recuerdo de una tarde en el bosque
inmóviles
y nosotros dos guardábamos silencio

Desde entonces algo crece a través de mis ojos
y en mis testículos
y en el rumor que hace mi pensamiento
algo de mí crece en mí como un saludo
como una tregua
como una bandera blanca

Pero no hablo de amor
sino de que me gusta agitar esta bandera

Bastante haragán es cierto lo confieso
tres muchachas besadas cuando llegué a la ciudad
quién me viera hoy caminando por la calle Juárez
mi hijo gritándome papi
mientras pienso en los asuntos de la oficina
en el taje Yves Saint Laurent que me vendieron de segunda
en los exámenes que me falta revisar

en la amistad que mansamente se vacía
o se llena

Pienso en la desnudez
en los malos olores de la gente que pasa
testimonios de salud o promesas de la muerte
pienso en mi país que es sólo un plato de lentejas

Y también pienso en este poema
que hace 27 años se fragua dentro de mí
y nunca termina
nunca dice las palabras exactas
porque es igual que yo
un muchacho bastante
haragán una verdad fugaz como todas las verdades

Tengo derecho a hablar de mí cuando hablo del mundo
porque hace muchos años miro al mundo
y tengo derecho a sentime verdadero
fugazmente verdadero
porque mi voz también puede abrazar a la gente
aunque no sea la voz de un santo
ni la voz de la lluvia
ni la voz de una madre que llama a su hijo difunto
ni la voz de un sabio antiguo
mi voz también puede abrazara los que pasan
a los que escuchan
a los que abren el libro al azar y en silencio
y a ti
sobre todo a ti
mi voz también puede abrazarte
mi voz también puede abrazarte

Aunque sea la voz de un hombre al que hace muchos años
le arruinaron la sonrisa
aunque sea la voz de un haragán
mi voz también puede tomarte por los hombros
y decir suavemente
"estoy cantando
estoy cantando para ti"

Letreros

1. MONEDA COLADERA

A Gabriel Macotela

el futuro es desabrido

el pasado una raíz

el presente está crudo:

al lenguaje no le gusta cocinar

Ojos

La Historia Universal

en los recuerdos de mi casa de Acapulco:

callejón Benito Juárez

con un puesto de aguas frescas

y el perfume de los mangos;

tal vez un costado de la cárcel

insinuándose apenas tras la esquina.

Veo mi primer cuerpo

vacío en el cuerpo de un ahogado:

dos hombres lo sacaron de Caleta

y pusieron a escurrir su cadáver

con los pies hacia arriba,

como si pretendieran exprimirlo de la muerte.

Veo la mano de Jorge

tirando un gato desde el balcón.

La mano de mi madre preparando comida.

Las manos de un amigo

empujando mi coche de pedales.

Yo no me veo: no me veo.

Ese niño se gastó en la mirada.

Apenas una brizna de su vida me roza

cuando tengo los ojos borrados por el sueño.

[*El nombre de esta casa*, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 1999.]

Parábola

para Eusebio Ruvalcaba

Mónica y yo escapamos de los nazis por los pelos

esto lo supe tarde porque

cuando empezó

ya estábamos en el sótano

buscando entre los viejos hacinados a mi madre (todo era

muy judío y –previsible/extrañamente– yo judío junto con todo)

su cara de india potosina deslavada por la

prostitución o por la osteoporosis

hasta que un San Francisco me informó muy solemne

que mi madre había muerto a mano de los nazis
por puta por judía por india malhadada
a trancos ascendí los escalones del refugio
pero de cobardía: todo ese tiempo supe
que la salida no daba hacia la guerra
que la guerra
se había cancelado con un muro del fondo
en cambio lo que vi fuera del
sótano era un huerto
o un huerto y un jardín y a lo mejor un bosque
en todo caso vegetales tasajeados por la luz del invierno
zumbantes ramas entre las que corrí
llorando claro pero igual
que un personaje: con la mano derecha
cubriéndome los ojos (pensé: ¿será
deveras esto mi dolor? ¿el césped rubio de una
inconexión –la cresta de su lumbre la felpa
de su filo? pensé: yo que bajé a la mina
y aprendí a castrar diamantes
pensé: serán mañana vino o muladar sus huesos)
al final del jardín el huerto el bosque
di con un escalón natural de caliza
una malformación quizá un altar y encima
cabezas nuevamente de judíos
llorando
(con la mano derecha en la cara por supuesto)
rezándole a sus muertos con el odio
hundido entre impurezas de cerdo que agobiaban
la sacra indistinción de la mojada piedra
recordé a la india muerta osteoporosa de mi madre
la puta o potosina
y me incliné a rezar también pero mi idioma
era siempre distinto al de ellos: no había modo de
salvarme
mas siendo yo un legítimo judío (como lo demostraban
el sótano los nazis mi dolor) decidí
no sé si de manera ridícula o innoble
imitar la oración: yahweh elohay bkaa chaaciytiy
howshiy ´eeniy mikaal rodpaiwhatsiyleeniy
agarrado al altar (que a tanto grito y llanto
se había vuelto ya un montículo de arena)
cuando una mano entonces (al principio pensé
que sería San Francisco
mas –previsible/extrañamente– se trataba
del rabino) la mano del consuelo
me azotó con desprecio la nuca y
me increpó: “deberías aprender del italiano
que en lugar de ponerse a llorar el primer día
se tomó todo un año para memorizar
el libro entero” –y me lo señaló: era un
barbudo profesor de matemáticas
sin un rasgo semita pero de hebreo perfecto
que desde cierta altura escandía los salmos
con el talante irresistiblemente abyecto
de un ligero tenor / el italiano
bajó de su curul (o sea la simple roca) y
–como hacen
los mejores maestros de álgebra– explicó
sin rabia ni alegría

que el agua es como un pulpo si la tocas en sueños
y que el puro sonido también sabe
como tiene sabor –aunque a silencio– la boca sin manjar
“ahora voy a rezar por el cadáver de una niña de mi pueblo”
me ordenó
(alguien puso en mi mano la charola con copas)
“y tú vas a danzar al ritmo de mi llanto
sin verter una gota hasta que el vino
o el muladar o el hueso de tu madre se consuma
y descubras que el dolor
el dolor de santidad que cicatriza
no radica en la oración
sino en el baile”

Suburbio De Una Bala

Mónica:

1.- Debiste conocerme un poco antes,
cuando tanta cocaína, tanto
idílico subsuelo me volvió por un tiempo
un amante mediocre.
Placeres que partían la memoria de la piel
como quien parte una nuez al apretarla
en el puño con otra. Una vaga
aspirina de dolor.

Debiste conocer esos rígidos murmullos,
mis médulas marchitas, la arritmia
como niebla. Un monje atravesado
por su hombría de coraje y Nembutal.

Te hubiera hecho el amor
desde una pústula. Sabrías
(y yo a través de ti, tocando con
mi mano kerosén el espesor
de los jaguares)
que hasta el arrobado gozo
viene de malos sentimientos;
no generosidad sino
reconciliación.

Lástima que no baste con decirlo
(y por eso al escribir
la confesión es el suburbio de una bala que atina
y por eso la poesía es la grieta
menos visible de nuestras urnas funerarias)
para volver redondo el viaje del deseo
al valle de los muertos.

Redondo: una esfera de epifanía
y odio
en la que desnudarte fuera un símbolo de mí.

2.- Solo amo a las desconocidas.

[Confesión, suburbio de una bala:

“vuélvete, paloma,
que el ciervo es un lucero de amarillas espinas,
él mismo su safari de esplendor carnicero,
su mística gavilla de francotiradores.
Vuélvete, que están tirando al aire
ahora que no queda ciervo en pie”.]

Lo descubrí a los treinta, con mi segunda esposa.
Estaba en esa puerta, riéndose,
húmedo aún su cabello hasta los hombros.
Llevaba una blusa verde
de la que siempre estuvo orgullosa
porque yo la mencionaba en un poema.

La miré y
me di cuenta de que ya no la quería.

[“Fue que, a fuer de acariciar, las líneas de su mano se volvieron
sagradas, intratables.”

“Fue que, de tanto ir hacia adentro, se derramó de mí.”]

Fue una cosa vulgar: la engañé
con dos mujeres, me gasté su dinero.

Unos meses después
me envió dentro de un sobre de papel manila
su blusa hecha jirones.

Yo había escrito
una cesta de mimbre para guardar tus ojos,
tu blusa verde, tu voz que es el jardín
donde camino en sueños [...]
para que siempre que te asomes
a este pedazo de papel
brilles como una estrella caída en el estanque

Caída.
Caída.
Mira:
vuélvete,

que están tirando al aire.

ENVOI **teoría de la recepción**

“Aherrojado contigo
en el suburbio de una bala”: dije algo así
por preguntarte si querías bailar.

Ay, los poemas del fin del mundo,
cochambrosos porque un filósofo alemán
se adornó las rasgadas vestiduras con cráneos de judíos,
porque un poeta judío se ahogó entre la bruma,
muy lejos del mar.

Miscast: siempre vamos al teatro a ver Las nubes

con los broches de Yocasta en un bolsillo,
por si acaso.